

Un Pueblo para Sí Mismo

“Ahora pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa’.
Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”
(Éxodo 19:5-6)

Lo dicho líneas arriba por parte de Dios a los hijos de Israel fue una promesa: Si como nación ellos estuvieran dispuestos a permanecer de acuerdo y fielmente con El, entonces la bendición estaría asegurada. Los hijos de Israel estuvieran de acuerdo con los términos de Dios y por tanto fueron colocados en una posición por arriba de las demás naciones del mundo: Ex 24:7-8. Estas personas eran los representantes exclusivos de Dios sobre la tierra a quienes les fue confiada la Palabra de Dios: Rom 9:4-5. La Ley Mosaica, como suele ser llamada, proveyó todo lo necesario para que Israel fuera un eficaz testigo de Dios sobre la tierra. La obediencia a la Ley les garantizaba que disfrutarían todo lo mejor de Dios; pero malograr Su plan por desobediencia les traería los resultados más desastrosos, al Dios disciplinar a Sus Hijos más que a cualquier nación sobre la tierra. Así que Israel tendría lo mejor y lo peor de Dios; tendrían la bendición y la maldición de Dios: Lev 26:15-25. Deut 11:26. Al final Israel violó su pacto con Dios, provocando con ello su dispersión por toda la tierra, tal y como Dios lo prometiera: Lev 26:36-46.

Hasta nuestros días los Judíos permanecen dispersos y no se hallan funcionando bajo algún pacto con Dios; sin embargo un nuevo y mejor pacto les espera en el futuro: Jer 31:31. Heb 8:8. El primer pacto era débil porque fue diseñado conforme a la carne y dependía de la voluntad humana. Pero el Segundo pacto con Israel, similar al pacto con la Iglesia, es de acuerdo con el Espíritu Santo y, a su tiempo, traerá Gloria a Dios y a Israel como nunca antes: Heb 8. De no haber existido una relación entre Israel y Dios, nosotros conoceríamos muy poco de las políticas de Dios con el hombre caído. La Iglesia depende de la Ley y los Profetas, siendo ambos el testimonio que confirma la Iglesia. Israel y la Ley son el Tutor que nos lleva a Cristo (tal y como lo testifican la ley y los profetas: Rom 3:21. Juan 8:56. Luc 24:25-27). Para los que eligen servir a Dios, la existencia del Viejo Testamento es crítica y esencial porque continúa arrojando luz para discernir lo que es bueno de lo que es malo; Rom 7:7. 1Cor 10:6. 2Tim 3:15-17.

En la Ley las observancias sobre la Pascua: Deut 6:1, Panes sin Levadura: Éxo 23:15, y los Primeros Frutos: Éxo 23:16 son de una importancia sin rival. Israel había estado en Egipto por espacio de 430 años y sin ninguna posibilidad de ser librados de la esclavitud. Los Israelitas se hallaban inmiscuidos en las Idolatrías de Egipto; es decir, ellos también eran idólatras: Jos 24:14. El cuadro que se nos muestra es el de un Israel esclavizado a los pecados de Egipto; esto representaba la peor circunstancia posible; Dios, sin embargo, redimiría a Sus hijos con el Cordero sin tacha, símbolo de la Persona

y Obra del Señor Jesucristo. Completamente aparte de cualquier habilidad de Israel, Dios los rescataría de la esclavitud, otorgándoles la base misma para su vivir y para su funcionamiento como nación perteneciente a Dios. Dios determina que nosotros le sirvamos como hombres libres, libres del pecado para servirle a Él y sólo a Él. No podremos agradar a Dios mientras caminemos en la carne; es esencial que caminemos en Su comunión, que es caminar en el poder del Espíritu Santo.

La Pascua, la Fiesta de los Panes sin Levadura, y la Fiesta de los Primeros Frutos (las Ofrendas de los Primeros Frutos), todas tienen un significado único que está relacionado con la Iglesia, y también con Israel en su pasado y su futuro. Aunque el Señor los instruyó sobre estas ofrendas adicionales, habrían de pasar 40 años antes de que tales ofrendas fueran realizadas y llegaran a tener, de ahí en adelante, un significado creciente a medida que el tiempo pasara. Justamente un poco antes de lo que sería la celebración de su segunda Pascua, los Israelitas enviaron por delante 12 hombres espías para reconocer la tierra prometida: Núm 13:1-2. La tierra era buena, tal como el Señor lo había prometido; pero la dureza del corazón que se extendió por todo Israel el año previo (a pesar de ver todas las señales maravillosas del Señor) no les permitió entrar; Israel no fue persuadido para tener el corazón apropiado para vencer a los enemigos de Dios. Núm 13:32-33. Transcurrirían 39 años más antes de que Israel cruzara el Río Jordán: Núm 14:30-35. A través de todo este tiempo la Pascua sería celebrada anualmente, pero las correspondientes a los Panes sin Levadura y los Primeros Frutos no serían instituidas hasta que de hecho se encontraran en la tierra prometida.

Todo lo que necesitaban para observar las fiestas de los Panes sin Levadura y de los Primeros Frutos les esperaba ya preparado por el Señor. Estas bendiciones adicionales que cualquiera querría se hallaban en la tierra prometida y no en el desierto. En el desierto contaban solamente con las cosas básicas, esenciales, para que pudieran conocer a Dios. Una gran prosperidad siempre será un gran obstáculo en nuestro camino para conocer verdaderamente a Dios con todo y que Él quiere que tengamos las mejores cosas. Anualmente, los Israelitas podrían entender el significado de la Pascua: las nueve plagas a las que sobrevivieron y la muerte de todos los primogénitos de Egipto, tanto hombres como del ganado, siendo Dios mismo quien los redimiera del Horno de Fuego: 1 Reyes 8:51. Estas serían imágenes imposibles de borrar de sus mentes; algo que Dios quiso que así fuera. Egipto fue devastado mientras ellos fueron guardados a salvo; ellos entenderían y recordarían que el cordero de la Pascua pudo rescatarlos pagando por su libertad de la esclavitud de Egipto: Éxo 12:26-27; 13:14-16, tal y como, simbólicamente, los padres habrían de redimir (pagar por) su hijo primogénito con el dinero que el Señor les proporcionó: Éxo 34:19-20; Éxo 12:35-36. Núm 18:15-16. Esta fue una poderosa forma de recordarles a los padres que ellos fueron no más que unos sucios esclavos previamente a la liberación del Señor. Todos nosotros nos hallamos en esa misma condición antes de que el Señor nos atraiga a sí mismo. Podemos acariciar la idea de que somos algo especial; tal pensamiento es, sin embargo, hostil contra Dios. La humanidad entera se halla entrampada en el pecado; sólo *un* ser humano sería completamente agradable y aceptable al Señor: su propio primogénito y todos aquellos que lo seguirían: Heb 7:26. Col 1:10.

La Ofrenda de los Primeros Frutos no iba a ser presentada a Dios para su aprobación: esa es la idea que tal ofrenda conlleva: Lev 23:16-17. Esta ofrenda incluía *levadura*; incluía, por tanto, las obras del hombre indignas de ser presentadas al Señor. Casi en todas partes de la Escritura encontrará Ud. que la levadura es símbolo e indicativo del *pecado*. El quemar la ofrenda de los primeros frutos habría sido como presentar fuego extraño al Señor: Lev 2:11-12; compárese el caso de Levítico 10:1-3, que resultó en la muerte de los hijos de Aarón. La ofrenda de los primeros frutos es la manera de Dios de decir: “Sírvanme sirviéndose unos a otros, compartiendo lo que Yo les he dado; pero no presenten delante de mí lo que les he dado si no es perfecto, de acuerdo con mis especificaciones”. Los primeros frutos indican que nosotros somos el resultado del trabajo de Dios y no del nuestro propio. Los primeros frutos son también análogos de la redención de Israel de la cruel esclavitud de Egipto, siendo el Cordero de la Pascua quien proveyera para su libertad.

Era inevitable que en los primeros años persistiera la ignorancia en cuanto a estas cosas, junto con la disposición de comprometer de manera negativa las ordenanzas de Dios con tal de servir egoístamente a los intereses personales en lugar de servir a los intereses del Señor. Pongamos por caso un Israelita, agricultor: Él tiene unas gavillas de grano aún sobre el campo. Esta persona razona pensando que necesita recoger sus gavillas trabajando el día Sábado para no arriesgar que las espigas sean arruinadas por la lluvia. Lo anterior es un cuadro del hombre que piensa que se está salvando a sí mismo en vez de confiar en las instrucciones de Dios. Hay mucho que decir sobre el pecado y nuestros tratos unos con otros; muchas ocasiones podemos estar buscando nuestros propios intereses, no los del Señor: Fil 2:21. En el caso del agricultor, su incredulidad tuvo como consecuencia que la cosecha del Señor fuera manchada. Por su parte, el Nuevo Testamento nos instruye no imponer apresuradamente las manos sobre una persona, de otra manera estaremos participando en sus pecados: 1Tim 5:22. Dios nos da esta información por razón de que Él quiere que nosotros seamos capaces de presentar ante Él ofrendas de naturaleza aceptable. Nuestras ofrendas a Él necesitan cumplir con las especificaciones correctas, y que por ningún motivo haya levadura en ellas. Dios quiere bendecir nuestras cosechas de justicia, no tener que maldecir nuestras cosechas relacionadas con la Codicia. Si nos adelantamos, Dios puede ser misericordioso; pero todavía tendremos que regresar a la línea de espera hasta experimentar la verdad tal como el Señor lo quiere. Tal es la idea de la ofrenda de los primeros frutos: No será perfecta; aun así, preséntala; pero no con el fin de buscar la aprobación de Dios. Recuerda que todo ha sido ya provisto. Dios quiere que aprendamos más. Es fácil pensar que estamos haciendo grandes cosas para Dios sólo para darnos cuenta más tarde que nos hemos adelantado buscando nuestros propios intereses en lugar de los intereses de Dios. Nuestras ignorancias harán que el Diablo nos explote.

El Cordero son los primeros frutos del Padre redimidos por Él mismo; El Cordero, a su vez, tiene sus primeros frutos al redimir a los Hijos de Israel del horno de fuego, más adelante proveyendo Dios los primeros frutos de la tierra prometida como redención de sus cuerpos. El primer día que los Israelitas comieron de los productos de esa tierra, la provisión de Dios —el maná— se detuvo. Todo lo anterior forma parte de las Sombras cuyas realidades son dadas en las Escrituras del Nuevo Testamento. Toda la enseñanza

acerca de la ofrenda de los primeros frutos fue dada a Israel en el desierto y representaba para Israel lo que estaba por suceder cuando ellos se mudaran a la tierra prometida. Nosotros necesitamos el desierto para conocer a Dios. Necesitamos la cruel esclavitud para ser motivados a salir de Egipto. Estos eran los primeros frutos de todo el producto de la tierra; eran para ser compartidos en Israel para el beneficio de todos; olvidando los cultos idólatras de las naciones, pero sin ser opresores de los extranjeros que vivían entre ellos; consagrándose a Dios en todas las cosas que pertenecían a la Ley. La cosa más importante para los Israelitas sería recordar de dónde venían (de Egipto). La figura aquí es que ellos se encontraban en un horno de fuego incapaces de ganar su libertad; y Dios, sabiendo incluso que ellos tratarían de regresar a la esclavitud, marcó la división del Mar Rojo detrás de ellos; esto último es análogo de la seguridad eterna a pesar de nuestro engañoso corazón. Jesucristo, la vida indestructible, vino a ser los primeros frutos de los que duermen, es decir, de los Santos del Antiguo Testamento; quienes, sin embargo, no fueron hechos completos o maduros sin nosotros (la Iglesia) que pertenecemos a El. La Iglesia tiene una relación única con Cristo en que somos, de hecho, Su Cuerpo Espiritual, Su Carne, Sus Huesos y Su Esposa; siendo Israel quien habita en la Esposa (la ciudad) que desciende del cielo: Apoc 21:2. Así como ocurrió con Israel con los ídolos de Egipto que lo separaban de Dios, así también nosotros, la Iglesia, perderemos la comunión con el Espíritu Santo si nos damos a los espíritus engañosos y a las doctrinas de demonios: 1Tim 4:1. Por tanto, esforcémonos en mantener la comunión del Espíritu, y perseveremos en ello para vivir en el reposo del Señor: (Hebreos 4:1-11).

(1 Corintios 10:6-7)

Estas cosas sucedieron como ejemplo para nosotros, a fin de que no codiciemos lo malo, como ellos lo codiciaron.

No seáis, pues, idólatras, como fueron algunos de ellos, según está escrito: EL PUEBLO SE SENTÓ A COMER Y A BEBER, Y SE LEVANTÓ A JUGAR.

(Hebreos 4:11)

Por tanto, esforcémonos por entrar en ese reposo, no sea que alguno caiga siguiendo el mismo ejemplo de desobediencia.

(1 Pedro 2:9-12)

(9) Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;

(10) pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia.

(11) Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma.

(12) Mantened entre los gentiles una conducta irreprochable, a fin de que en aquello que os calumnian como malhechores, ellos, por razón de vuestras buenas obras, al considerarlas, glorifiquen a Dios en el día de la visitación.